

## Palabras para elogiar la realidad



Haz la prueba: camina un día durante una o dos horas por las calles y lee los letreros, las consignas, las frases escritas con intención de tatuaje en la piel de la ciudad.

Muchas se repiten o giran más o menos en torno a un mismo punto, que a veces no es muy preciso; a partir de un *nosotros* que se torna más borroso cuanto más definitivo intenta ser.

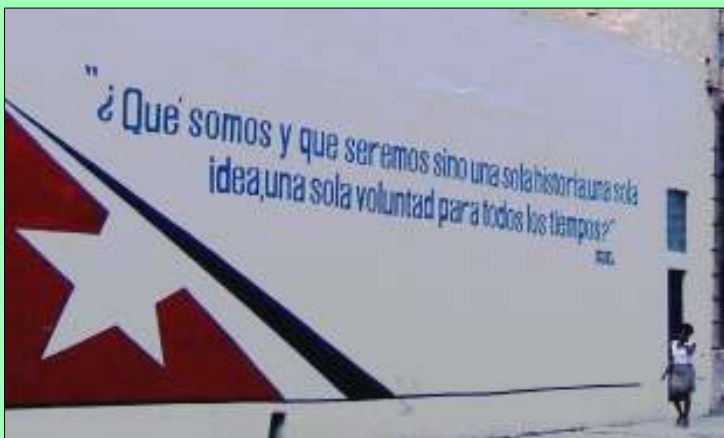
A veces uno comprende que la idea es exacta, atrapable, pero sin que le quepa la menor duda de que se refiere a una realidad inatrapable, como cuando pronunciamos la palabra *Luna* o decimos *Siglo Treinta*.

Por una parte es el lenguaje superdragado, tan dragado que su agua no corre sobre un fondo, sino sobre el abismo donde una forma puede parecerse a otra que se parece a otra, y es ninguna.

Por otra parte es el lenguaje que no está hecho para la mirada consciente, sino para la vista inconsciente. Uno

pasa por el mismo lugar cien veces y jamás detiene sus ojos para leer esas letras, pero una voluntad subliminal acaba finalmente asimilando las palabras.

No importa si lo comprendes, no importa si crees en él, ni si te parece lógico, ni si es algo a partir de lo cual puedes desarrollar tus propios pensamientos, ni si alrededor y en cualquier momento puede aparecer una evidencia justa de que esas palabras no tienen el menor trazo de certeza.



No importa lo que pensabas antes ni lo que pensarás

después. No son palabras hechas para que pienses en ellas porque ni siquiera están hechas para que las leas con tu voluntad.

Sólo importa que estén ahí, escritas como un tatuaje, cada vez que pases por el lugar. Así, poco a poco, una frase escrita comienza a convertirse en una cosa tangible.

Por otra parte, si las lees a voluntad una vez es posible que no te parezcan algo real, pero cuando la lees por centésima vez en cien lugares diferentes tu mente *sola* empezará a reconocerla

como algo muy semejante a eso que llamamos certidumbre.

Además, te encontrarás con la misma consigna en mil paredes, en la primera página de los periódicos, en las primeras palabras de los noticiarios de la radio y la TV, en boca de los niños formados militarmente, en las conversaciones ociosas de algunos familiares y de algunos amigos y hasta de algunos desconocidos en cualquier sitio.



Si estás alerta, puede que seas capaz de descubrir que esas palabras suenan o están grabadas, incluso, allá el final de un remoto rincón de un sueño cualquiera, de un sueño que no te da ningún motivo para que te acuerdes de él, ni siquiera si fueses capaz de reconocer la presencia de ese eslogan ubicuo.

Cuando por alguna razón te hagas preguntas muy elementales acerca de esas frases, seguramente te asombrarás, sentirás una gran extrañeza.

¿A quién están dirigidas?

De verdad y sin que quepa la menor duda, ¿a quién apunta ese mensaje? ¿Quién es el que *debe saber*?

Si el *nosotros* que habla es en general inatrapable, el destinatario del significado es menos definible aun, excepto si, de un modo misterioso, un poco forzado, pero en el fondo con cierta terrible

lógica, fuera *otro nosotros*.

Y sin embargo, al final, las palabras son palabras. Nada más. O sea, algo que sirve a veces para decir una cosa y otras para decir lo contrario de lo que uno quiere decir, porque su significado realmente está en la vida y no en su simple caligrafía.

O sea, que la palabra hablada vuela y la escrita queda, en efecto, pero sólo si fue cierta porque, al final —no hay duda de eso—, de una u otra manera, la realidad es lo que siempre prevalece.

